

DIA XI.

MARTIROLOGIO

LOS SANTOS MÁRTIRES HERACLIO Y ZÓSIMO, en Cartago.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS CÁNDIDO, PIPERION Y OTROS VEINTE, en Alejandria.

LOS SANTOS MÁRTIRES TROFIMO Y TALO, en Laodicea de Siria, los cuales en la persecucion de Diocleciano, despues de crueles tormentos alcanzaron la corona de la gloria.

LA CONMEMORACION DE MUCHOS SANTOS MÁRTIRES, en Antioquia, de los cuales algunos por orden del emperador Maximiano fueron puestos sobre parrillas encendidas, y asados, no para matarlos presto, sino para mas largamente atormentarlos; otros padecieron diferentes y crueles tormentos; consiguiendo todos la palma del martirio.

LOS SANTOS GORGONIO Y FIRMO, item.

SAN EULOGIO, presbítero, en Córdoba, el cual en la persecucion de los Sarracenos, mereció ser compañero de los Mártires de aquella ciudad, cuyos combates padecidos por defender la fe católica, habia escrito con sumo cuidado. (*Véase su vida en las de este dia.*)

SAN EUTIMIO, obispo, en Sardis, el cual por venerar las santas imágenes, primeramente fué desterrado por orden del emperador Miguel, destructor de las imágenes, y despues consumó el martirio siendo emperador Teofilo.

SAN SOFRONIO, obispo, en Jerusalem.

SAN BENITO, obispo, en Milan.

SAN FERMIN, abad, en territorio de Amiens.

SAN CONSTANTINO, confesor, en Cartago.

SAN PEDRO, confesor, esclarecido en milagros, en Babuco en la campaña de Roma.

SANTA PERPETUA Y FELICITAS Ó FELICIDAD, MÁRTIRES.

LA preciosa muerte de estas ilustrisimas mártires sucedió en el dia 7 del presente mes (*véase el Martirologio romano en dicho dia*); pero como en él celebra la santa Iglesia la fiesta de Sto. Tomás de Aquino, reservó al dia 11 la piadosa historia del martirio de estas dos insignes Santas, cuyos magníficos elogios repetia S. Agustin con tanta frecuencia, que era ya costumbre suya el proponerlas á su pueblo como eficazísimo modelo para confundir á los cobardes, y para animar á todos al ejercicio de la virtud.

Habiendo publicado el emperador Severo un edicto en que mandaba se quitase la vida á todos los cristianos que no quisie-



STA. PERPETUA
Y FELICITAS MRS.

sen sacrificar á los dioses del imperio, Minucio Timoniano, pró-
cónsul en la provincia de Africa, escitó contra ellos una de las
persecuciones mas crueles. Desde los principios de ella fueron
presos en Cartago cinco jóvenes catecúmenos, cuyos nombres
eran Revocato, Saturnino, Secundulo, Perpetua y Felicitas.

Era Perpetua una dama de veinte y dos años, de nobilísimo
nacimiento, bellamente educada, de grande discrecion, pero de
mayor piedad. Vivian todavía sus padres, aunque de edad muy
avanzada, cuando la prendieron; y tenia una tia y dos hermanos,
uno de los cuales era tambien catecúmeno. Habíase casado, y
tenia un niño, á quien ella misma criaba á sus pechos. Créese
que su marido era cristiano, y que se ocultó por miedo de la
persecucion.

Felicitas, aun de menos años que Perpetua, era tambien casa-
da, y estaba en cinta de siete á ocho meses; y aunque no era de
clase tan distinguida como Perpetua, no eran menos nobles sus
inclinaciones.

Luego que prendieron á las dos Santas, las llevaron á una
casa particular, donde estaban guardadas con centinelas de vista.
A esta casa concurrió el padre de Perpetua, que era gentil, á
persuadirla con ruegos, con lágrimas, y con cuantos medios pu-
do sugerirle el dolor, y el amor paterno á que renunciase la fe.
Pero habiendo escrito la misma Santa la historia de su martirio
el dia antes de su preciosa muerte, no se puede desear testimo-
nio mas verídico, ni mas auténtico; y así la referiré con las mis-
mas palabras de la Santa, ni mas ni menos como se hallan en las
actas mas antiguas.

«Todavía estábamos con los perseguidores, cuando mi padre,
«por el amor que me tenia, hizo cuanto pudo para obligarme á
«renunciar á Jesucristo. Como él continuase, yo le dije: *Padre,*
«*¿ves ese vaso que está en el suelo, ó cualquiera otra cosa que*
«*te parezca? Si, me respondió. Yo añadí: ¿A ese vaso se le*
«*puede dar otro nombre que el suyo? No, me dijo él. Pues tam-*
«*poco yo puedo ser otra cosa que lo que soy; esto es, cristiana.*
«Al oír esto, lleno todo de cólera mi padre, se arrojó á mi para
«arrancarme los ojos: me maltrató, me cargó de injurias, y se
«retiró tan vencido, como el demonio que se valió de él para ven-
«cerme. Habiéndose pasado algunos dias sin ver á mi padre, di
«gracias á Dios, y me alegré mucho de que me dejase en paz. En
«este medio tiempo tuvimos todos la dicha de recibir el Bautis-
«mo. Al salir del agua, tuve una grande inspiracion de no pedir
«á Dios otra cosa sino paciencia y valor para padecer animosa-
«mente todos los tormentos que me quisiesen hacer sufrir.

«Pocos dias despues nos metieron en la cárcel; al entrar en
«ella me espanté, porque nunca habia visto aquellas tinieblas.
«¡O buen Dios, y qué dia aquel! El vaho calienté y desagra-
«dable que exhalaban los muchos que estaban encerrados en el
«calabozo; los malos tratamientos que nos hacían los soldados;
«la inquietud en que estaba, no sabiendo qué se habia hecho de
«mi niño; todo esto me hizo pasar malos ratos. No obstante, los
«diáconos Tercio y Pomponio pudieron conseguir con dinero que
«nos permitiesen pasar algunas horas del dia en un sitio menos
«desacomodado, donde respirásemos aire mas libre, y nos re-
«frigerásemos.

«Salimos, pues, del calabozo, y cada uno atendia á sus co-
«sas; yo recobré á mi niño, y le di de mamar, porque estaba
«muerto de hambre. Encomendésele á mi madre, animé á mi
«hermano, y me consumia de dolor por la pena que los causa-
«ba. Muchos dias pasé en estas amargas inquietudes. Habiendo
«en fin alcanzado licencia para tener al niño en la cárcel conmi-
«go, me hallé muy consolada, y el Señor me comunicó nuevo
«aliento, haciendoseme desde entonces tan dulce la prison, que
«no la trocaria por otra alguna estancia.

«Vino entonces á verme mi hermano, y me dijo: Hermana,
«yo sé que puedes mucho con Dios; pídele que te dé á enten-
«der por medio de alguna vision, si esto ha de parar en marti-
«rio. Como habia mucho tiempo que el Señor me hacia grandes
«mercedes, y se dignaba permitirme que le hablase con sim-
«plicidad y confianza, respondí á mi hermano sin detenerme,
«que el dia siguiente le daría noticias ciertas. Hice oracion, y ve
«aquí lo que me fué mostrado.

«Vi una escala de oro maravillosamente alta, que se elevaba
«desde la tierra hasta el cielo; pero tan estrecha, que solo po-
«dia subir de una vez una persona. A los dos lados de la escala
«estaban clavadas de abajo arriba navajas, garfios, puntas de
«espadas, lancetas, planchas de puas aceradas, y otros instru-
«mentos de hierro, de manera que el que subiese descuidado,
«y sin mirar atentamente á lo alto, seria herido, y despedazado
«en todo su cuerpo. Al pié de la escala estaba echado un es-
«pantoso dragon de enorme grandeza, en ademan de arrojarle
«sobre los que pretendian subir, el cual hacia huir á todos por
«el terror que los causaba. El primero que subió fué Saturo,
«que habia sido preso despues que nosotros. Cuando llegó á lo
«alto de la escala, se volvió hácia mí, y me dijo: Perpetua,
«aquí te espero; pero mira no te muerda ese dragon. Yo le
«respondí: En nombre de mi Señor Jesucristo no me hará mal.

«Levantó el dragon mansamente la cabeza como que tenia miedo de mí; y habiéndose puesto sobre el primer paso de la escala, como que iba á subir por ella, yo puse el pié sobre la cabeza del dragon. Subí, y vi un jardín de una inmensa dilatación, y en medio de él un hombre grande, que estaba sentado en traje de pastor, con los cabellos blancos, y estaba ordeñando á sus ovejas, rodeado de muchos millares de personas, todas vestidas de blanco. El pastor levantó la cabeza, me miró, y me dijo: Hija, seas bien venida: despues me llamó, y me dió como un bocado de queso hecho de la leche que ordeñaba: recibíle con las manos juntas, comíle, y todos los que estaban alrededor de él respondieron: *Amen*. A este ruido desperté, y hallé que todavía estaba mascando una cosa dulce. Luego que conté esta vision á mi hermano, conocimos ambos por este misterioso sueño, que estábamos destinados para el martirio; y que el bocado delicioso significaba la Eucaristia, que se acostumbra dar á los mártires para disponerlos á la pelea; y desde entonces nos consideramos entrambos como si ya no fuéramos de este mundo.

«Pocos dias despues habiendo corrido la voz de que nos habian de tomar nuestra confesion, vino mi padre de la ciudad á la cárcel ahogado de tristeza, y todo bañado en lágrimas me dijo: Ten, hija mia, lástima de mis canas; ten compasion de tu anciano padre: si te eríe hasta la edad en que estás, costándome tantos trabajos; si te preferí á tus hermanos, porque siempre te quise mas que á ellos, no me hagas hoy el oprobio de las gentes. Mira á tu afligida madre, y á tu desconsolada tia: atiende á tus hermanos, y por lo menos débete algun cariño ese hijo de tus entrañas, que no podrá vivir sin tí. Deja esa fiereza, que te hace despreciar la muerte, y no te quieras perder por tu obstinacion.

«Así me hablaba mi padre por el amor que me tenia, besándome las manos, arrojándose á mis pies, deshaciéndose en amargo llanto, y ya no tratándome de hija, sino de señora. Enternecíme algo, especialmente considerando que él seria el único de mi familia que no celebrase mi dichosa muerte. Solamente le dije para consolarle, que cuando estuviese en el tribunal seria de mí lo que Dios fuese servido: con esto se retiró todo afligido.

«El dia siguiente, cuando estábamos comiendo, fuimos citados de repente para ser preguntados. Leváronnos á la audiencia; el concurso era infinito; subimos á los estrados, y preguntados todos los confesores, respondieron todos animo-

«samente que eran cristianos. Hacia oficio de juez, por muerte del procónsul Timiniano, el intendente Hilarion. Llamáronme, y al punto se me puso delante mi padre con su nieto en los brazos, y me dijo: Ten lástima de tu hijo, ya que no la tengas de tu padre. Entónces me dijo el juez: Perpetua, compadécete de la ancianidad de tu padre, y de la tierna niñez de tu hijo: sacrifica por la prosperidad de los emperadores, y no te pierdas á tí, y á tu familia.

«Nada de eso haré, le respondi yo. ¿Eres cristiana? me preguntó el juez. Yo le respondi: Soy cristiana. Como mi padre, durante este interrogatorio, se esforzase á sacarme de los estrados, Hilarion mandó que le quitasen, y le dieron un golpe con una vara. Sentilo yo como si me le hubieran dado á mi propia, no pudiendo ver sin dolor que mi padre fuese maltratado por mi causa. En este tiempo, viendo el juez que estábamos inmóviles en la fe, pronunció sentencia de muerte contra nosotros, y nos condenó á ser echados á las fieras. No se puede explicar el gozo que tuvimos oyendo la sentencia. Volvíéronnos á la cárcel, y como mi niño acostumbraba á tomar el pecho, se le envié á pedir á mi padre por el diácono Pomponio, y él no se le quiso dar; pero Dios permitió que desde entónces no se acordase el niño de mamar, ni que á mí me incomodase la leche.

«Algunos dias despues, estando todos en oracion, se me escapó el nombrar á Dinócrato (uno de mis hermanos, que habia muerto muy jóven de un cáncer en el rostro); yo me admiré, y entendí luego, que Dios queria que hiciese oracion por él. Hicelo con fervor, y aquella misma noche tuve esta vision.

«Vi á mi hermano Dinócrato, que salia de un lugar oscuro donde habia otras muchas personas. Parecíame que tenia mucha calor, y una gran sed; la cara hinchada, el color pálido, y me hacia lástima: pero estaba al parecer muy léjos de mí para poder socorrerle. Cerca de él habia una fuente de agua; pero la taza estaba tan alta, que no podia alcanzar á ella un niño; y aunque Dinócrato se estiraba todo lo posible para beber, no podia conseguirlo, y esto me afligia. Desperté entónces, y conocí que mi hermano estaba padeciendo algunas penas, y que tenia necesidad de oraciones. Tuve grande confianza de que podria conseguir su alivio de la misericordia de Dios: pedíselo con lágrimas dia y noche, hasta que fuimos transportados á la cárcel del campo, donde habíamos de ser echados á las fieras. Estando ya en el cepo tuve otra vision: vi á mi hermano en el mismo lugar donde antes le habia vis-

«to; pero en estado muy diferente, porque el cuerpo estaba limpio, bien vestido; el semblante hermoso y risuño, y que se refrescaba á gusto. Disperté, y reconocí que ya habia salido de las penas.

«Pocos dias despues el carcelero, que se llamaba Pudente, admirando nuestra constancia, tuvo lástima de nosotros, y dejó entrar á todos los que venian á vernos. Como se iba acercando el dia del espectáculo, vino mi padre á buscarme penetrado de dolor: luego que me vió, comenzó á arrancarse las barbas y los cabellos, y arrojándose en el suelo, dando golpes con el rostro contra él, se quejaba de haber vivido tanto tiempo, y maldecia sus años. Compadeciome un poco; pero gracias al Señor, no titubeó mi constancia.» Hasta aqui son palabras de la Santa, de las que todas las actas hacen fe.

Saturo, santo y celoso cristiano, que habia instruido á los mártires en la fe, y en la piedad, tuvo la dicha de morir con ellos por Jesucristo. Estando en la cárcel tuvo tambien una vision, que fué una pintura de la gloria del paraiso, donde habian de entrar despues del martirio. Secundulo habia muerto en la cárcel de pura miseria.

Mientras tanto se iba acercando el dia del triunfo de nuestros Santos; pero templaba un poco su alegría la inquietud que los causaba el preñado de Sta. Felicitas, que se hallaba de ocho meses: y ella estaba mas afligida que los demás; porque prohibia la ley que en ninguna mujer embarazada se ejecutase la sentencia de muerte hasta cumplido el término de su parto. Hicieron todos juntos oracion á Dios, y el mismo dia parió felizmente una niña, que tomó á su cargo una mujer cristiana, ofreciendo criarla como si fuera hija suya. Pero como en el parto padeciese recios dolores, y no se pudiese contener sin gritar, uno de los criados del carcelero la dijo: ¿Si ahora te quejas tanto, qué será cuando te veas despedazar por las fieras? A lo que le respondió la Santa: *Ahora soy yo la que padezco; entonces habrá otro que padezca en mí, quiero decir, Jesucristo por su gracia, que padecerá por mí, puesto que yo padezco por él.*

Llegado el dia del combate, que fué el que se celebraban los años de Gera, hijo del emperador, salieron los mártires de la cárcel para el anfiteatro, como que salian para el cielo. Llevaban pintada la alegría en sus semblantes, con especialidad Sta. Perpetua, y Sta. Felicitas, que marchaban inmediatas á los santos Revocato, Saturnino y Saturo. Luego que llegaron á la puerta los quisieron precisar á que se vistiesen el traje que

se acostumbraba poner á los que comparecian en los espectáculos; pero ellos se resistieron constantemente á estas ceremonias gentílicas, y salieron al anfiteatro con sus vestidos ordinarios.

Sta. Perpetua cantaba alegres himnos, como quien ya celebraba su triunfo: Revocato, Saturnino y Saturo reprendian al pueblo su ciega obstinacion. Al pasar por delante de los cazadores fueron todos azotados con varas, concediendo Dios á cada uno el consuelo de morir con el género de muerte que habia deseado.

A las santas Perpetua y Felicitas las enredaron en un género de red, para esponerlas á una furiosa vaca que soltaron contra ellas. Recibió Sta. Perpetua el primer golpe, á cuya violencia cayó de espaldas; y reparando que la fiera la habia rasgado el vestido por un lado, le juntó prontamente para cubrirse con honestidad, y con decencia. Levántonla del suelo, y ella misma se volvió á atar el esparcido cabello, por no parecer ni afligida ni descompuesta. Viendo á su amada compañera Felicitas toda revuelta y maltratada, la dió la mano, y la ayudó á levantar. Dejose ablandar algo la dureza del pueblo á vista de lo que las dos Santas acababan de padecer, y no esponiéndolas mas al insulto de otras fieras, las condujeron á la puerta de Sanovir ó Sanavida, para recibir el golpe de la muerte á impulso del acero de los gladiadores. Dispertando entonces Sta. Perpetua como de un profundo sueño, volvió en sí de un dulcísimo dilatado éstasis en que habia estado embelesada todo el tiempo del combate. Volvia los ojos hácia todas partes como una persona que no sabe donde está, y preguntaba cuando la habian de esponer á las puntas de la vaca: quedó admirada al oír todo lo que habia pasado, y cuando la hicieron reparar en ella misma los estragos de la fiera. Entonces hizo llamar á su hermano, y mirándole á él, aunque dirigiendo á todos los fieles la palabra, les dijo: *Perseverad firmes en la fe, amaos los unos á los otros, y no os escandaliceis de lo que nos veis padecer.*

En este tiempo el pueblo habia clamado, pidiendo que fuesen traídos los mártires en medio del anfiteatro para lograr la diversion de verlos recibir el golpe de la muerte. Levantáronse los Santos, y fueron todos por su pié, despues de haberse dado el ósculo de paz. Fueron degollados los primeros Saturo, Revocato y Felicitas. A Perpetua la tocó un gladiador poco diestro, que habiendo ladeado la espada, descargó el golpe sobre el hueso, y la obligó á dar un grito; pero conduciendo despues ella misma la trémula mano del gladiador á su garganta, acabó con muerte tan preciosa su glorioso martirio, y fué á recibir en el

cielo la corona debida á su magnánima y constante fidelidad el dia 7 de marzo del año 203.

Aunque la santa Iglesia junta en una misma solemnidad la fiesta de estos seis ilustres mártires, con todo eso solo hace mencion de las dos insignes mujeres Perpetua y Felicitas, por haberse distinguido tan admirablemente en su martirio, siendo su memoria de singular veneracion en todo el universo desde el principio del tercer siglo. S. Agustin compuso tres panegiricos en honra de las dos Santas, y cita las actas que hemos copiado como las mas auténticas, contando á Perpetua y Felicitas con San Estéban, S. Cipriano y S. Lorenzo entre los mas ilustres mártires, y los mas grandes héroes del cristianismo. Tertuliano, San Fulgencio y otros muchos Padres antiguos hacen magníficos elogios de nuestras Santas, y la Iglesia ha insertado sus nombres en el sagrado cánón de la Misa.

Sus preciosas reliquias fueron trasladadas de Africa á Roma; y tambien se veneran algunas en Francia en el monasterio de Devre cerca de Bourges, adonde las trajo de Roma S. Raoult, ó S. Roaldo.

SAN EULOGIO, PRESBITERO Y MÁRTIR, LLAMADO POR ALGUNOS SAN ELOY, DE CÓRDOBA.

SAN Eulogio, uno de los mas brillantes astros de la Iglesia de España, uno de los mas célebres doctores ortodoxos, y uno de los mas ilustres mártires de Jesucristo, nació en la ciudad de Córdoba en tiempo que los Arabes eran dueños de ella. Sus padres, descendientes de la primera nobleza de los Romanos, y que hacian profesion de la religion cristiana, educaron al niño con el mayor cuidado en las máximas del Evangelio; é impresas firmemente en el corazon desde sus primeros años, arreglaron despues sus costumbres, conformándolas en todo con la ley santa de Dios. Dedicado el jóven Eulogio al servicio del Señor en la iglesia de S. Zoilo de aquella ciudad, é incorporado en el seminario, ó sea colegio eclesiástico de aquel templo, emprendió con el mayor fervor la vida clerical, y la carrera de las letras. Como se hallaba dotado de un ingenio naturalmente vivo, y de grande comprension, hizo en las ciencias maravillosos progresos. Su deseo de instruirse y adelantarse en los conocimientos sabios era tan grande, que no satisfecho con la enseñanza de los maestros ordinarios, á cuyo gobierno estaba fiado, buscaba otros por quienes la fama y opinion de hombres escelentes, y de superiores luces estaba declarada. Este espíritu lo llevó á la es-



S. EULOGIO, PRESB. Y M.